

La Doctrina Bíblica de la Sumisión (Parte 1)

Rev. R. J. Rushdoony
Abril, 2002

No hay falta de acuerdo general sobre la importancia y necesidad de la doctrina Bíblica de la sumisión. Sin embargo, las diferencias son grandes en cuanto a lo que ella requiere. Por ejemplo, una historia popular en algunos círculos medievales (de sacerdotes y hombres) hablaba de la paciente Griselda, quien humildemente se sometía al tratamiento sádico de su marido socialmente superior y, después de muchos años, fue recompensada por su sumisión. (Giovanni Boccaccio, *El Decamerón*, Día 10^{mo}, 10^{ma} Historia.) Pero sabemos que las mujeres medievales, en las posiciones altas y las bajas, eran agresivas y vociferantes, de manera que la paciente Griselda no era, de ninguna forma, una representante de su época.

Otro ejemplo de sumisión, de una naturaleza histórica, es la orden Jesuita. Los Jesuitas tomaban voluntariamente un voto de sumisión sin reservas e incondicional al papa. Esto los convirtió en una fuerza poderosa para la Contra Reforma, pero creó un intenso odio hacia ellos tanto dentro como fuera de la Iglesia Católica Romana. Dentro de la Iglesia Católica Romana la animosidad y la difamación eran tan grandes que los monarcas Católicos demandaron la supresión de la orden. En los brutales eventos que siguieron Rusia y la Ortodoxia Rusa, y algunos Protestantes, protegieron a muchos Jesuitas. Todo tipo de calumnias fueron dirigidas contra los Jesuitas, quienes aún sobreviven.

El problema para los críticos era un problema simple. La obediencia incuestionable y absoluta a Dios es una cosa, pero es otra cosa una obediencia similar al papa o a la iglesia. Fuera de la Orden Jesuita, no muchos Católicos estaban de acuerdo con eso; y tampoco concuerdan ahora. La opinión general era que cualquiera que observara tal sumisión era capaz de cualquier cosa.

Jesuitas Protestantes

Hoy tenemos, en muchos círculos Protestantes, una demanda similar a la de los Jesuitas de un sometimiento por parte de los miembros y del clero. Los resultados, como siempre, son nefastos.

Entre los textos Bíblicos comúnmente usados para afirmar la doctrina de la sumisión, dos textos notables se destacan:

Por causa del Señor someteos a toda institución humana, ya sea al rey, como a superior, ya a los gobernadores, como por él enviados para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien. (1 Ped. 1:13-14)

Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrearán condenación para sí mismos. Porque los magistrados no están para

infundir temor al que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer la autoridad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; porque es servidor de Dios para tu bien. Pero si haces lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo. Por lo cual es necesario estarle sujetos, no solamente por razón del castigo, sino también por causa de la conciencia. (Rom. 13:1-5)

Sumisión al Estado

Estos dos textos no tratan con la sumisión en la iglesia, ni en la familia, sino en el estado civil, en el estado o gobierno civil. Su premisa básica es, primero, que vivimos en un mundo gobernado y predestinado por Dios. Nuestra rebelión, a pesar de las circunstancias tan malvadas, es una sublevación contra Dios. El mundo ciertamente está lleno de pecado, pero nuestra rebelión no extirpa el hecho del pecado, sino que lo agrava. Segundo, la manera por la cual Dios obra la transformación no es por medio de la revolución, sino por medio de la regeneración. El estado es un ministerio de justicia, la iglesia es un ministerio de salvación. El hombre encuentra más fácil volverse a la revolución y al conflicto debido a que esto no demanda cambio alguno de su parte. El camino del Señor no solamente requiere que nos sometamos a Su voluntad y seamos obedientes, sino también que en Él seamos hechos una nueva creación. El único cambio eficaz proviene de la regeneración. Así, la doctrina Bíblica de la sumisión tiene, como su correlativa necesaria, la doctrina de la regeneración. El hombre caído quiere revolución, o una imposición externa, como el único camino que mira para efectuar el cambio. Si él cree en la educación como una alternativa, esta se halla en la educación estatista obligatoria, un mecanismo no menos revolucionario. El Cristiano debe afirmar que los esfuerzos y mecanismos humanistas son superficiales y que solamente el poder regenerador de Dios puede efectuar el cambio. De este modo, no podemos separar la sumisión de la regeneración.

Tercero, el orden social no se mantiene porque cada hombre haga que lo que es correcto en su propia opinión, como en los días de los Jueces. Tal condición prevalece cuando Dios no es el rey sobre la nación y su población (*Jue. 21:25*). Incluso los peores gobernantes deben sostener algún tipo de orden social.

Cuarto, los gobernantes son ordenados por Dios. Si tenemos malos gobernantes es porque somos un mal pueblo, y la solución, una vez más, no se encuentra en la revolución sino en la regeneración. Esto no descarta el usar medios pacíficos para alterar la sociedad, pero sí significa que nuestra esperanza esencial se halla en la regeneración.

Los gobernantes son “ministros de Dios.” No todos los ministros son buenos, como nos dirá cualquier mirada a la iglesia, pero tampoco lo somos nosotros como pueblo. La sumisión piadosa comienza con la sumisión a Dios y a Su palabra-ley. Quiere decir que el problema del pecado y el mal no se contrarresta con la violencia y la muerte, y Su poder regenerador nos convierte en una nueva raza humana, una que es capacitada para hacer el bien y para establecer justicia.

Quinto, esto hace que la sumisión sea un asunto de conciencia. No es, enfáticamente, una rendición al mal. Es un reconocimiento de que el pecado no se elimina ni se restringe por la

revolución y la violencia, sino por las buenas obras, y estas deben ser suplidas por el pueblo de Cristo.

El texto de Romanos 13:1-5 no puede separarse de lo que sigue, a saber, primero, que el pagar impuestos es un deber religioso, según el verso 6, con el propósito de mantener cierta apariencia de orden social. Así, el verso 7 requiere que todos rindan tributo, derechos arancelarios, honor y cuotas – que sean pagados como una forma de obediencia a Dios – no una sublevación a los impuestos, en otras palabras. Segundo, debemos estar libres de deuda como algo normal, aunque las deudas por hasta seis años son permitidas por la ley de Dios. Nuestro servicio a Dios implica evitar la esclavitud para con los hombres. Nuestra obligación para con otros hombres no debiese ser el dinero o la deuda, sino el amor. Tercero, el amor es el cumplimiento o el poner en vigor la ley. No cometemos adulterio, queriendo decir que respetamos la integridad del matrimonio de nuestro prójimo. No matamos, *i.e.*, respetamos la integridad de su vida. No robamos, *i.e.*, no violamos su propiedad o posesiones. No levantamos falso testimonio: respetamos su buen nombre y su reputación; y no codiciamos lo que es de nuestro prójimo, de manera que en palabra, pensamiento y hecho manifestamos nuestro amor por nuestro prójimo obedeciendo la ley de Dios con relación a él. “El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la Ley es el amor” (*Rom. 13:10*). De modo que el amor se define como guardar la ley de Dios con relación a los unos con los otros.

Sumisión a Cristo

Cuarto, es tiempo que nos despertemos del sueño de nuestro oscuro mundo y nos pongamos la armadura de la luz (*v. 12*). Podemos cambiar el mundo únicamente por la sumisión a Jesucristo y a Su palabra-ley. Debemos andar, quinto, “como de día, honestamente; no en glotonerías y borracheras, no en lujurias y libertinaje, no en contiendas y envidia” (*v. 13*). Somos un pueblo con una labor que hacer. Sexto, esto quiere decir “vestíos del Señor Jesucristo y no satisfagáis los deseos de la carne” (*v. 14*). No estamos aquí para complacernos a nosotros mismos, sino para complacer a Dios, y es mejor que no lo olvidemos. Lo más importante no es lo que queremos de Dios, sino lo que Dios quiere de nosotros.

Los versos que siguen a 1 Pedro 2:13-14 son similares a los que siguen a Romanos. La alternativa a la revolución civil es el re-ordenamiento piadoso o reconstrucción de nuestras vidas y nuestro mundo. Se nos dice, primero, que es la voluntad de Dios que nos sometamos al bien para “hacer callar la ignorancia de los hombres insensatos” (*1 Ped. 2:15*). Se hacen todo tipo de acusaciones necias contra los Cristianos por parte de los impíos; no debemos dar pie para más. Segundo, hemos de vivir como hombres libres en Cristo, como siervos de Dios, no usando nunca nuestra libertad como una excusa para la mala conducta. Esto significa, tercero, que amamos a nuestros hermanos creyentes, honramos a todos los hombres, reverenciamos a Dios y honramos al rey (*v. 17*). El mundo mira con odio a los otros que no son suyos; debemos tratar a todos los hombres como Dios quiere que lo hagamos. Cuarto, ahora son abordados los “criados.” Este término puede incluir a cualquier que trabaje para otra persona. Tal relación no es perfecta, e implica algunas veces “padecer injustamente.” Debemos ser pacientes. Somos llamados vivir en un mundo malvado, como lo hizo Jesucristo, y esto quiere decir “padecer injustamente” a

veces. Él establece para nosotros el ejemplo de la resistencia paciente (vv. 19-25).

Quinto, en 1 Pedro 3:1-7, se nos habla de las responsabilidades de las esposas y los esposos, la vida regenerada en lugar de una vida revolucionaria. Pedro continúa diciendo mucho más, pero esto es suficiente para indicar que la vida Cristiana es regenerativa, no revolucionaria o destructiva.

Nuestros textos han tratado con el Cristiano en un contexto civil y social, en un mundo no salvo como en la era del Nuevo Testamento. De este modo se ha visto la sumisión en el contexto de un mundo caído y no Cristiano. ¿Pero qué hay de la sumisión en la comunidad Cristiana? En parte, Pedro toca esto en su consejo a los esposos y las esposas. Esta es sumisión en el Señor. Vamos a ver ahora qué más implica esto. Pero, antes que lo hagamos, usemos la premisa de la regeneración versus la revolución para examinar un problema contemporáneo. Tenemos aquí dos tipos de oposición dentro de la comunidad Cristiana. Por un lado, hemos tenido a algunos que se oponen agresivamente al aborto por actos anárquicos en clínicas pro-aborto, imitando las tácticas civiles radicales. Pero los hombres no pueden ser regenerados por la violencia. La vía del hombre caído es tratar de cambiar al mundo por la violencia, no por la regeneración.

Por otro lado, muchos Cristianos han trabajado para aconsejar a las mujeres que buscan hacerse un aborto, para ofrecer ayuda piadosa y soluciones Bíblicas. Se ha hecho mucho trabajo excepcional porque la base de su esfuerzo es salvar la vida del niño no nacido y el alma de la madre.

La respuesta del humanismo a los problemas es la coacción y la violencia, y en última instancia, la muerte. Para el Cristiano, es Cristo y la vida. Los dos caminos no podrían ser más disímiles.
